

## EL ÚLTIMO MOHICANO (Paca Aguirre)

No tuve nada, y sin embargo, de algún modo,  
comprendo que lo tuve todo  
no teníamos nada, nada, salvo el miedo, el dolor,  
el estupor que produce la muerte.  
Cuando mataron a mi padre, nos quedamos en esa zona  
de vacío que va de la vida a la muerte  
dentro de esa burbuja última que lanzan los ahogados,  
como si todo el aire del mundo se hubiese agotado de pronto,  
ahí nos quedamos, como peces en una pecera sin agua,  
como los atónitos visitantes de un planeta vacío.  
Nada teníamos, aunque también es cierto que ya nada queríamos.  
Recuerdo bien que a mi hermana Susi y a mí  
nos dieron la noticia en el cuarto de aseo de aquel colegio  
para hijas de presos políticos.  
Había un espejo enorme y yo vi la palabra muerte  
crecer dentro de aquel espejo hasta salir de él y alojarse  
en los ojos de mi hermana  
como un vapor letal y pestilente.  
Nada ha logrado hacerme olvidar aquellos ojos  
salvo algunas horas de amor en que Félix y yo éramos  
dos huérfanos, y el rostro milagroso de mi hija.  
Y nada más tuvimos durante mucho tiempo  
pero mamá tuvo menos que nadie,  
mamá quedó como un espejo sin azogue,  
lo perdió todo, salvo un hilo delgado que la unía a nosotras.  
Y por aquel inconcebible puente, como tres hormiguitas, íbamos y  
veníamos a su estatua de vidrio restituyéndole el azogue.  
Volvió a nosotras desde el país del hielo.  
Y volvió tan absolutamente, que gracias a ella, nosotras,  
que nada teníamos, lo tuvimos todo.  
Mamá fue nuestro esparzo nuestro guerrero del antífaz, el país de las hadas, la abundancia dentro de la miseria,  
nuestro mejor amigo, nuestro escudo contra los moros,  
la enamorada de las bellas artes  
la que hizo posible que papá no muriera,  
la que lo fue resucitando en cada uno de sus cuadros.  
Mamá fue quien nos dijo que mi padre admiraba a los griegos,  
que adoraba los libros, que no podía vivir sin la música,  
y que fue amigo de Unamuno.  
Cierto que no tuvimos nada.  
Que muchas veces nos faltaba todo  
Pero aunque algunos días no comimos,  
tuvimos una radio para oír a Beethoven.  
Y un día de reyes de 1944 mamá y los tíos fueron al Rastro.  
Nos compraron tres libros: La Cuesta encantada, Nómadas del Norte y El Último Mohicano.  
Dios sabe cuántas veces habré leído esos libros.  
Mamá nos trajo El último mohicano. Y de la mano de ese  
indio solitario entramos en el mundo de lo maravilloso.  
Y lo tuvimos todo para siempre.  
Y ya nadie podrá quitárnoslo.